



Dossier: Paisajes del pasado

Paisajes del pasado: una historia con Berisso

Silvana Alejandra Palermo

Universidad Nacional de General Sarmiento/CONICET

sapalermo@campus.ungs.edu.ar

Fecha de recepción: 20/10/2024

Fecha de aprobación: 01/11/2024

Ubicada en las cercanías de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, Berisso se erige como escenario paradigmático de las transformaciones socioeconómicas de la Argentina entre fines del siglo XIX y los tiempos recientes. Cobijó buena parte del aluvión inmigratorio, lo que le valió el título de capital del inmigrante y hospedó a las grandes plantas del Swift y el Armour –catedrales del corned beef– protagonistas del boom exportador. Tras la primera posguerra y al avanzar la década de 1930, testimonió la diversificación industrial, que convirtió a su nutrida población trabajadora en protagonista de la trama política del país. En efecto, Berisso sería bautizada como la “cuna del peronismo” y muchos de sus habitantes atesorarían el recuerdo de esos significativos, aunque no tan prolongados, años de democratización del bienestar. Tampoco Berisso escaparía a los

traumáticos efectos de la desindustrialización y el autoritarismo de mediados de la década de 1970 y a las expectativas como a los sinsabores de estos últimos cuarenta años de democracia. En buena medida, Berisso se presenta como un pródigo microcosmos de la enmarañada vida nacional en más de una centuria.

Durante varias décadas, los historiadores Mirta Zaida Lobato y Daniel James invitaron a pensar críticamente su pasado, en particular su carácter de comunidad obrera. ¿Cómo reconstruirla y escribir sobre ella? Sencillos sólo en apariencia, estos interrogantes traducían las prioridades de investigación de una historia social que, a inicios de la década de 1980, solía definirse como “historia desde abajo”, un campo interesado en reponer los rostros y la agencia de sujetos invisibilizados. Mientras, en su libro *La vida en las fábricas*¹, Lobato analizó quiénes trabajaban en esas plantas industriales y cómo esa experiencia marcaba su cotidianeidad, su cultura y lealtades políticas; James, por su parte, en su obra publicada primero en inglés y más tarde en español –*Doña María, Historia de vida, memoria e identidad política*²– exploró la trayectoria laboral y sindical de una dirigente del gremio de la carne, a partir de su testimonio oral. De la convergencia de esos intereses, nacería ya a mediados de 1990, la posibilidad de emprender un proyecto de investigación común. *Paisajes del pasado* resulta de ese prolongado y laborioso ejercicio colaborativo, que traduce la pasión de ambos especialistas por la historia de los hombres y mujeres trabajadoras y, como espero demostrar en esta breve reseña, viene a ofrecer nuevas respuestas a aquellos clásicos interrogantes sobre el oficio de la historia, en general y, muy especialmente, sobre el desafío de escribir la historia de una comunidad obrera.

Anticipemos la originalidad de su propuesta. En estas últimas dos décadas se desarrolló un campo de estudios que, motorizados por el interés de descentrar las consabidas narrativas situadas en las grandes ciudades del país, dotaron de nitidez el pasado de localidades cuyo dinamismo se asoció a diversas actividades productivas –la explotación pesquera, petrolera, azucarera, ferroviaria, entre otras–. *Paisajes del pasado*, sin embargo, no suma una historia local más, una reconstrucción de ese pasado obrero al ras del suelo. Confiados en sus años de oficio y

1 Mirta Zaida Lobato, *La vida en las fábricas: trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)* (Buenos Aires: Prometeo, 2000)

2 Daniel James, *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política* (Buenos Aires: Editorial Manantial, 2004).

dotados de saludable osadía, Lobato y James aventuran una fórmula distinta. Su decisión, en mi criterio, obedece a una clara conciencia crítica respecto a la labor del historiador de oficio, en al menos tres importantes dimensiones: los dilemas teóricos que enfrenta la historia social, y en particular la de los trabajadores, los retos metodológicos de reconstruir el pasado de comunidades que carecen de archivos consolidados, y la urgencia de reflexionar sobre los compromisos de quienes practican una disciplina que escudriña el pasado, en inescindibles vínculos con las realidades complejas y conflictivas del presente, nexos que no siempre logramos o estamos dispuestos a transparentar, ni problematizar.

Tal como reconocen en su introducción, si bien E. P. Thompson continúa siendo fuente de inspiración, no es posible eludir las controversias suscitadas, desde hace ya décadas, en torno a la noción de experiencia, agencia y racionalidad de los actores sociales, e inclusive al clásico modo de conceptualizar el proceso histórico. Se abren, por tanto, a las contribuciones de disciplinas variadas para reponer la dimensión afectiva de la intencionalidad y las prácticas de los sujetos, reconocer su multidimensionalidad y contradicciones. Ensayan, además, estrategias narrativas capaces de entretejer fenómenos con temporalidades diferenciadas que no pueden simplificarse en un racconto unidireccional. Inspirados en la composición cinematográfica, puntualmente la noción de montaje, sobre cuyos usos discurren en la introducción del libro, proponen innovar en el armado de la trama histórica, enhebrando múltiples hilos en simultáneo para dotarla de complejidad y recuperar su contingencia.

En tanto historiadores de una comunidad obrera, Lobato y James advierten cuán fundamental es la paciencia y el ingenio a la hora de reunir e interrogar cualquier huella disponible sobre el pasado: fotografías, relatos, objetos diversos. Como explicitan en sus reflexiones finales, “a diferencia de la soledad que rodea al historiador en las salas ordenadas y clasificadas de los archivos nacionales, nosotros teníamos que caminar por los lugares más insólitos buscando algún fragmento o huella del pasado” (p. 489). No sorprende la monumentalidad de un libro (más de 500 páginas) que incluye innumerables fotografías y generosos testimonios, tanto porque estas huellas, carecen de resguardo archivístico y merecen visibilizarse, como porque el examen de este tipo de acervos –menos familiares para los practicantes de una disciplina que, en el siglo XIX, selló su suerte al

análisis de fuentes escritas– obliga a compartir reflexiones metodológicas que les demandaron tiempo, lecturas y energías, para aprovechar el potencial de un corpus por demás diverso.

Otro nivel de reflexión de estos autores, que esta obra transparenta con generosidad, refiere a la relación entre la disciplina y la memoria social, la reconstrucción del pasado acorde a los rigores de los cánones académicos y la recordación por parte de una sociedad que vuelve sobre esas vidas de trabajo en un presente angustiante de desempleo y pobreza estructural. En su labor de entretejer y dotar de sentido a la historia de Berisso, estos historiadores convergen con una sociedad local marcada por la ebullición conmemorativa, por un torbellino de iniciativas del poder municipal y la sociedad civil, ejemplificada en certámenes y fiestas oficiales, esfuerzos pedagógicos diversos y proyectos culturales de asociaciones, coleccionistas privados, o referentes artísticos. Al recorrer sus páginas, se tiene la impresión de que los intentos de reconstrucción de los historiadores profesionales se ven confrontadas por las de otros practicantes del oficio de la recordación. Desbordados, hasta incomodados, quienes se abocan hoy a indagar la historia de una comunidad obrera no pueden menos que aprender otros idiomas, no son convidados a aleccionar, sino a convivir en un coro polifónico de voces, sin por ello renunciar a la especificidad de su saber y su *metier*. En breve, se trata de una relación fecunda entre historia y memoria social. Parafraseando el bello título del libro de Michelle Perrot, *Mi Historia con mujeres*, podría decirse que *Paisajes del pasado* es a la vez *una historia sobre y con Berisso*.

Demandante, dada la densidad de estas reflexiones, este libro se recorre, de todos modos, de manera amigable. Favorece la sencillez de su estructura, en cuatro capítulos orientados acorde a un criterio temático y relativamente respetuoso del orden cronológico. Hay, asimismo, un esfuerzo, excelentemente logrado, en avanzar en la conceptualización de una noción por momentos problemática y elusiva –comunidad– que constituye, sin duda, un valioso legado para investigaciones futuras. Como advierte el capítulo 1, en esa definición el espacio cobra una centralidad innegable. Aquí la novedad radica en que no se ingresa a un poblado obrero por las consabidas fábricas, sino por su calle principal –Nueva York– donde se ubicaban las fondas y bares a los que acudían las familias de inmigrantes o migrantes internos en busca de trabajo, donde se localizaban sus viviendas precarias y comercios variopintos. Se presenta, de este modo, esa sociedad cosmopolita, heterogénea, y su cambiante fisonomía al avanzar el siglo XX, a partir de

una minuciosa reconstrucción, en la que los autores transparentan esos ejercicios etnográficos, tantas veces repetidos en sus innumerables recorridos por la localidad.

Por su parte, los capítulos 2 y 3 apuntan a desmontar el revés de la trama comunitaria al escudriñar las intimidades familiares de esos hombres y mujeres a quienes la búsqueda de trabajo los obligó a viajar –ya fuera en barco para cruzar el Atlántico o en trenes desde las provincias del norte a localidades en expansión, como supo serlo Berisso–. Una vez más la propuesta es renovadora, pues sin desestimar la clásica atención a las instituciones étnico-nacionales y la vida asociativa no se restringe de ningún modo a ellas. En base a una compleja y crítica lectura de cartas y fotos, develan identidades culturales y políticas a la vez que revelan la materialidad de ese mundo obrero, sus posibilidades de consumo e inclusive la afectividad de esos modestos, aunque atesorados, objetos que acompañaron su cotidianeidad. Las cartas y los álbumes fotográficos de la familia ucraniana Zabiuk, por ejemplo, brindan pistas respecto a ambas dimensiones, como también lo documentan los relatos de esas mujeres santiagueñas que permanecieron en sus parajes campesinos viendo emigrar a familiares que se transformarían en una nueva generación de trabajadores fabriles.

Esta manera de abordar a la comunidad obrera, desde el seno de sus vínculos más íntimos, invita a una interrogación profunda sobre la escala de análisis más adecuada para comprenderla. ¿Cómo definir su espacialidad? Si la dimensión local, en sus límites territoriales no puede desatenderse, lo cierto es que descifrar la geografía cultural y podría decirse emocional de esos hombres y mujeres trabajadoras de Berisso demanda al investigador sensibilidad para descentrarse y conectar mundos distantes sólo en apariencia. En efecto, Lobato y James advierten que las cosmovisiones e identidades de la sociedad local se comprenden a la luz del devenir de los conflictos sobre las fronteras nacionales de Europa oriental, o la suerte de ese mundo campesino situado entre el Dulce y el Salado, castigado por la sequía de mediados de la década de 1930. Esta propuesta analítica es, sin duda, exigente a la hora del tiempo invertido en una pesquisa laboriosa, pero redundante en una reconstrucción compleja y convincente de la hibridez cultural de Berisso, que jaquea interpretaciones sostenidas en las categorías de la sociología clásica que asociaban la modernidad con la inmigración europea y el tradicionalismo con la migración interna. *Paisajes del pasado* se suma a las advertencias que hemos ido aprendiendo respecto de lo problemático de esa

visión dicotómica construida sobre la oposición de los binomios europeo/moderno y nativo/tradicional, inclusive o quizás, muy especialmente, al ensayar explicaciones sobre la relación de estos hombres y mujeres trabajadoras con la política nacional, su cultura y lealtades políticas.

Paisajes del pasado es la historia de una comunidad obrera, producida en un momento de debate intenso en torno a su patrimonialización. Se involucra, en tal sentido, en registrar esa agitada discusión social sobre la relevancia de ese pasado, sobre su significación y su custodia, tal como ilustra su último capítulo. Su situación replica lo que ocurre en otras localidades industriales en el siglo XXI, sea en la Rusia post soviética, el Medio Oeste norteamericano, u otras áreas de América Latina. He allí su vigencia e interés para un público amplio. Claro que, en un país que alcanza índices de pobreza descomunales, la recordación del pasado de esa sociedad de trabajo y de los derechos que se le asociaban adquiere un significado peculiar. En el capítulo 4, Lobato y James se comprometen con esas rememoraciones públicas, diseccionan documentales, conmemoraciones y proyectos de conservación del patrimonio para descubrir sus presupuestos, aquello que enuncian e inclusive sus silencios problemáticos. Convierten esas memorias en objeto de análisis y reflexionan sobre sus implicancias como parte del proceso de producción de conocimiento sobre el pasado, en un presente angustioso, traumático. Confrontan, así, a sus lectores, a meditar sobre las urgencias de nuestro tiempo. Con generosidad, *Paisajes del pasado* ofrece más de lo que anuncia, al enfrentarnos críticamente con los paisajes del presente.

En tanto historia de una comunidad obrera, concebida desde una perspectiva original y sin duda pionera, *Paisajes del pasado* constituye una obra imprescindible. Valió la pena esperar este libro. Y aunque seguimos de cerca sus anticipaciones, el producto final superó con creces nuestras expectativas. Reconforta saber que contamos con su orientación para insistir en desentrañar la maraña de la historia nacional, a partir de preguntas renovadas, imaginativos métodos de análisis e interpretaciones más que estimulantes.